

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
El último sabio

Autor/es:
Pacual, Arturo

Citar como:
Pacual, A. (1999). El último sabio. La madriguera. (21):59-59.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41800>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:





Digna del más entusiasta de los elojios es la iniciativa de editar en vídeo* las entrevistas que Joaquín Soler Serrano realizó a finales de los años setenta para el programa literario A fondo. En las dos que tuvieron como protagonista a Jorge Luis Borges (grabadas en septiembre de 1976 y abril de 1980), podemos recrearnos sin premuras en la imagen de viejo sabio candoroso, la voz aterciopelada y las palabras siempre certeras del educado caballero argentino, que va desgranando citas, opiniones y anécdotas con la fluidez de los grandes conversadores.



La modestia no fingida, el pudor que enternece y la expresión casi risueña son los aspectos emotivos de la puesta en escena borgiana. Su amable ironía únicamente se desborda cuando se refiere a sí mismo, ya que Borges sólo parece tomarse en serio a fin de no ofender a su entrevistador. Aunque sus libros hayan inaugurado un género literario y sean ya paradigma de toda una modalidad de pensamiento, aunque sus borgerías

tantas veces repetidas (dichas por él, no obstante, como si se le ocurriesen por primera vez) configuren el mayor repertorio de ingeniosidades de la segunda mitad del siglo XX, el escritor septuagenario se declara sorprendido ante su propia importancia. La celebridad le confunde y la posteridad le amenaza. Pero quizás no sea solamente su amor por las enciclopedias y las bibliotecas, o su admiración por personajes que, como Rafael Cansinos Asens, parecían saberlo todo, lo que hace de Borges una figura única del conocimiento, el representante de una época que ha llegado a su fin.

En La inmortalidad, Milan Kundera denomina a Goethe "el gran centro": el último hombre capaz de entender todos los instrumentos que utilizaba, de comprender el funcionamiento de las herramientas que le hacían la vida más confortable, de dominar el mundo de los objetos en un período histórico inmediatamente anterior a la eclosión de la técnica, cuando los progresos de la ciencia eran aún inteligibles y los individuos no estaban condenados a beneficiarse de sus artefactos, o a padecerlos,

desde la más completa ignorancia. Goethe era un antiguo: amaba la música de Bach porque en el contrapunto podía reconocer cada una de las líneas melódicas, y por eso Beethoven le parecía un ruido pomposo, un barullo indescifrable.

También con Borges concluye una época. Como Goethe, pertenece a un tiempo pretérito en el que todavía era posible entender algo, antes de que el espectáculo de la cultura se convirtiese en una gran ceremonia de la confusión oficiada por herméticos gurús.

Mientras la arrogante impermeabilidad de las ciencias se aliaba con un nuevo ocultismo en el terreno de las ideas para sumirnos en un definitivo guirigay, Borges se empeñaba en abreviar, descomponer y aclarar, abjurando de la fe del ornamento y emprendiendo la búsqueda de lo sustancial. Borges nos ha contado que, del mismo modo que la eficacia de una metáfora es mensurable por

El último sabio

la lógica, las ciencias formales, no menos que las empíricas o las sociales, son mitos sólo aparente-

mente conectados con la realidad, ficciones entretenidas y a veces útiles, metáforas a su vez de un mundo que apenas vislumbramos. Así, una tortuga, una paloma, una manzana y un viejo topo configuran la historia del pensamiento occidental.

A Goethe le molestaba tanto la música orquestal como el estridente ruido de las almas henchidas de emoción, y por eso los jóvenes románticos le consideraban un enemigo de la rebeldía y de los sentimientos. También Borges puede parecer un desapasionado reaccionario, y ciertamente el procedimiento seguido por él para expresar unas últimas gotas de verdadero conocimiento no puede ser acusado de moderno ni de transgresor, aunque tal vez sea el único posible: la entusiasta perplejidad, el sistemático escepticismo, el cristalino amor por las paradojas de los pocos sabios que en el mundo han sido.

Arturo Pascual

(*) Jorge Luis Borges-A fondo, Videoteca de la memoria literaria, Editrama, Barcelona 1998, 157 mn.